

BIBLIOTECA

Los Grandes Pelmas

LA NOVELA METRO - GOLDWYN



LA
DUQUESA
DE BUFFALO

FOR
Constance Talmadge
Tullo Carminetti
50 Cts.

FRANKLIN, Sidney

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

LA NOVELA METRO-GOLDWYN

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis-BARCELONA-Teléf. 4423 A.

LA DUQUESA DE BUFFALO

(THE DUCHESS OF BUFFALO)
Deliciosa comedia, interpretada por

Constance Talmadge, Tullio Carminatti,
Edward Martinet, Rose Dione, etc.

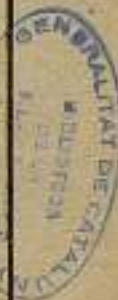
or

ES UNA SUPERPRODUCCION
FIRST NATIONAL

Distribuida por

Metro-Goldwyn Corporation

Maierca, 220 - BARCELONA



LA DUQUESA DE BUFFALO

Argumento de la película

Una noche de invierno se celebraba una función de gala en la Opera de Radosky, capital del Gran Ducado de Slavonia.

El elegante coliseo presentaba regio aspecto, matizado por las "toilettes" preciosas de las mujeres y los fracs y uniformes de los caballeros.

Actuaba como principal atracción Salomé Duncan, de Buffalo, Nueva York, una bailarina cuya gracia y belleza eran capaces de hacer perder la paciencia a un santo.

En el palco proscenio se encontraban los Grandes Duques. El Gran duque Gregory

se había olvidado de invitar a su esposa, la Gran duquesa. Pero ésta, a pesar del olvido, estaba presente.

Con ojos encandilados por la emoción, el Gran duque, hombre ya de cerca sesenta años pero con el corazón eternamente joven, contemplaba a la linda americana que bailaba en el escenario la danza de los siete velos.

Un fauno iba quitando lentamente a la bailarina los suaves velos que envolvían su lindo cuerpecito. El buen público aplaudía ante el espectáculo de fina y exótica audacia. Y el Gran duque no cesaba también de juntar las manos en creciente admiración a pesar de algunos pellizcos que su esposa le diera en castigo de su ligereza.

El Gran duque siempre había sido mujeriego... Y aquella preciosa bailarina llenaba su imaginación del ensueño de incomparables aventuras.

En un sillón de platea estaba el teniente Orloff, apuesto mozo, feliz poseedor del tierno corazón de Salomé Duncan.

Sufrió extraordinarios celos a medida que ella iba librándose de las tennes gasas. En las butacas fronteras a la suya varios caba-



Salomé Duncan, de Buffalo...

llos resoplaban de entusiasmo asietando con los gamelos a Salomé.

Uno de los espectadores dijo, riendo, a otro:

—Me preguntan si a esta señorita la pagan por función... o por metro.

Orloff no pudo resistir más. Levantóse airado y se dirigió hacia bastidores. Allí muy cerca del escenario gritó a Salomé:

—¡Te prohibo que te quites ese último velo!

Ella sonrió haciéndole un gesto de conformidad y después de bailar todavía ante el público, saludó y dió por terminada la danza.

Algunos espectadores se consideraron defraudados. Todos pensaban en verla libre de la última seña.

Salomé, sonriente, se dirigió a su novio y le abrazó llenándole de besos.

—¡Chiquillo!

Quería con sus caricias arrancarle la sombra melancólica que había observado en los ojos de él.

Orloff, tranquilizado ya, le dijo:

—Perdóname, ángel mío. Pero no pude reprimirme... Perdí mi sangre fría...

—Esto me demuestra que me quieres, Or-

6
loff... Y así te amo yo, vehemente, apasionado, impulsivo.

Un telón había caído entre los dos y los novios se alejaron del escenario, despidiéndose Orloff de su novia hasta el siguiente día.

—Nos casaremos pronto — le dijo él al marchar—. Toma esa sortija como promesa de nuestro amor.

—¡Cómo te amo, mi teniente!

Y la rubia americana que adoraba realmente al bravo oficial, le volvió a tener en sus brazos como una locuela.

El marchó, orgulloso de su amor, creyéndose el amo más poderoso del mundo.

*
**

En Slavonia un oficial puede enamorarse sin faltar por eso a las ordenanzas. Pero para casarse necesita la graciosa venia del Gran duque.

7
Esto es lo que a la mañana siguiente iba a buscar Orloff al Palacio ducal.

Acompañado de su amada Salomé había ido en trineo ante el Alcázar. El día era frío. Nevaba.

—Espérame en el trineo — dijo Orloff—, mientras yo voy a solicitar de Su Alteza el permiso para nuestra boda.

Ella con un poco de temblor en la voz, le contestó:

—¿Estás seguro de que el Gran duque autorizará nuestro casamiento?

Segurísimo... Si él te conociera te querría como yo te quiero.

Salomé le dio un beso en los labios y le dijo:

—Para que la buena suerte te acompañe.

El sonrió y con paso firme y decidido penetró en el palacio.

Su Alteza el Gran duque Gregory se encontraba ante la mesa de su lujoso despacho contemplando con vivo interés el retrato de Salomé Duncan, que llevaba una revista ilustrada.

¡Cómo le gustaba aquella extranjera! Y sonreía pensando que no le sería muy difi-



—¿Estás seguro de que el Gran duque autorizará nuestro casamiento?

cil, probablemente, conquistar las gracias de aquella triunfadora genial.

Interrumpió su meditación la llegada de Orloff. El militar se cuadró ante él y previa la venia del Gran duque, tomó asiento.

— Soy el teniente Orloff — dijo — de los Dragones de la Guardia. Vengo a solicitar de Su Alteza autorización para contraer matrimonio.

El Gran duque le tendió alegremente la mano y le dijo:

— ¡Bravo, hijo mío! Te deseen un batallón de dragoncillos.

— Señor...

— ¿Y quién es la afortunada elegida de tu corazón?

Emocionado, Orloff balbució:

— Miss... Miss...

Le interrumpió la presencia de un criado quien, inclinándose ceremoniosamente dijo al Gran duque:

— Señor, el joyero de la Corte pregunta por Su Alteza.

— ¡Ah, perfectamente! Espérame aquí un momento, Orloff. Vuelvo en seguida.

Y se dirigió a una salita contigua donde aguardaba el joyero, quien le mostró en rico estuche una colección de joyas.

Son bonitas, pero...

Parecía encontrarlas demasiado severas, y él buscaba algo más llamativo y brillante.

—¿Es para la Gran duquesa? — preguntó el comerciante.

—No...

—Entonces...

Y le mostró otra colección de joyas más cortosas y originales.

El Gran duque escogió una de ellas, un broche de brillantes y dijo:

—Házlo llegar esta misma noche a manos de Miss Salomé Duncan.

Escribió una tarjeta y cerrándola en un sobre la entregó al joyero para que la uniera al regalo.

Entretanto, Orloff se hallaba impaciente en espera del Gran duque. Viendo unas copas y una botella de licor encima de la mesa, bebió dos veces aquel líquido que reconfortaba la sangre. Luego se asomó al balcón y cogiendo un bloque de nieve lo echó sobre Salomé que descansaba tranquilamente en el trineo.

Ella alzó la cabeza y al verle se echó a reír. Salomé consultó el reloj. No podía aguardar más tiempo.

—Ya nos veremos esta noche — dijo ella—. Te espero en casa para cenar.

No faltaré y podré comunicarte ya la buena nueva...

Lanzóle varios apasionados besos que ella le devolvió dulcemente a tiempo que el trineo partía en dirección a su casa.

Desde el balcón inferior al que se encontraba Orloff varios oficiales habían sorprendido la lluvia de besos cambiados entre el enamorado teniente y Salomé, y reían todos de lo lindo. También a su vez lanzaron besos a la bailarina que marchaba.

Orloff metióse en el despacho al escuchar pasos. Era el Gran duque que regresaba ya...

Su Alteza, muy amable y campechano, bebió una copita de licor y ofreció otra al teniente. Este contestó con noble dignidad:

—No pruebo jamás licor, señor...

—¡Admirable! Eso vale mucho.

Y sentándose ante él le dijo:

—Y ahora, hijo mío, dime cómo se llama la dama de tus pensamientos...

—Miss Salomé Duncan, la artista americana — contestó.

Una repentina lividez se apoderó del duque. Miró sorprendido a aquel coñutillo que se había atrevido a posar los ojos donde él quería llegar. Hizo un gesto de negativa rotunda.

—¡No, no, no!

Aterrado, Orloff le miró sin contestar.

—¡Imposible, imposible! — siguió diciendo el Gran duque. — ¡Un oficial de la guardia slavona no puede casarse con una bailarina yanqui! ¡Nunca!

Sin amutarse, pero dispuesto a defender su amor contra todas, contestó el oficial:

—En este caso solicito de Su Alteza mi retiro.

El Gran duque le miró de frente, ofendido por aquella actitud y tocando un timbre esperó a que se presentase otro oficial. Cuando éste llegó, Su Alteza dijo, milien-

do con soberano desprecio al teniente Orloff:



—No faltaré y podré comunicarte ya la buena nueva.

—Quedarás tres días arrestado en tus habitaciones. Esto te dará ocasión de meditar lo locura que pretendes hacer.

Furioso, el teniente entregó la espada al oficial y se constituyó prisionero.

El Gran duque le vió partir con una sonrisa de desdén. ¡Atreverse aquel muchacho a replicarle! Los oficiales eran allí servidores de su príncipe y jamás discutían sus órdenes.

Pensando en Salomé el Gran duque desarrugó el ceño. ¡Oh, aquella mujer! Pensaba aquella noche ir a visitarla a su casa.

¿Le aceptaría ella? ¿Por qué no? El era Su Alteza el Gran duque de Slavonia, el primer ciudadano del país. ¡Y era un honor aceptar su protección!



Por la noche, Salomé y una cena opípara aguardaban solemnes la llegada del esperado.

La bailarina pensaba en su futuro ma-

rido y un estremecimiento de felicidad la invadía. ¡Simpático teniente Orloff!

Cuando lo veas, Aglaia — le decía a su doncella de confianza —, comprenderás por qué estoy tan nerviosa. ¡Es tan digno de ser amado!

Sonó el timbre, la doncella fué a abrir y poco después reapareció llevando un paquetito en la mano.

Sorprendida, Salomé abrió el estuche y sus ojos se dilataron con asombro al ver el magnífico broche que el Gran duque había regalado para ella.

Con el estuche había un sobre que ella no abrió, aturdida ante el inesperado obsequio que no puso en duda fuese de su amado teniente.

—Mira lo que me envía — dijo alegremente —. ¡No te dije yo que es un encantito... que está enamorado de mí?

Y prendióse la joya en el pecho. ¡Qué feliz se sentía Salomé! Los minutos pasaban largos al verse sola... ¡Con lo que ella deseaba estar al lado de Orloff!

De pronto escuchó que un carruaje se detenía ante la puerta de su casa y dijo alborozada a la doncella:



—¡Es tan digno de ser amado!

—Es él...

Sonó casi inmediatamente el timbre. La doncella se dirigió al recibimiento y Salomé, muerta de emoción, escondióse tras un

biombo de la salita queriendo dar una sorpresa a su bien amado.

La criada dejó paso a un elegante militar, pero viejo... ¡Cómo que era el propio Gran duque de Slavonia!

Sin conocerle la doncella le hizo entrar en el salón al propio tiempo que le decía:

—¡La señorita le espera con toda la impaciencia que tiene el amor!

—¡Qué encantadora es! — dijo el Gran duque, entusiasmado.

La joya había hecho su efecto. Todas las dificultades estaban allanadas ante el regalo verdaderamente imperial.

Salomé escuchó pasos en la estancia y creyendo que se trataba de Orloff alargó la mano detrás del biombo, escondiendo el resto del cuerpo.

El Gran duque, alegremente, puso un beso en aquellas manos de suavidad de marfil.

Largo rato estuvo besándola hasta que Salomé, muerta de risa, buscó su rostro para acariciarle también, lo que produjo al Gran duque una estupendísima impresión.

¡Qué seductora e insinuante era la americana!

Pero, de pronto, Salomé, al tocar el rostro del militar dióse cuenta de que éste llevaba barba y bigote. Santo Dios, ¿qué significaba aquello? Orloff iba totalmente rasurado.

Espantada, salió de su escondite y su asombro fué enorme al ver ante ella al Gran duque Gregory.

Nunca había hablado con él, pero había visto varias veces su retrato en los periódicos.

—¡Oh, Alteza! — dijo—. ¿Quién podía pensar?

—¿Qué hermosa es usted! — contestó el Gran duque, volviendo a besarle la mano—. ¡Oh, cómo envidio a ese pajarillo! ¡No podía haber hallado un nido más dulce y encantador! — agregó, contemplando la regia habitación.

—Pero, Alteza; yo... yo...

Ella no sabía qué decir. ¿Cómo se había atrevido el Gran duque a ir a su casa?

Su Alteza sonrió al ver el broche que brillaba sobre el seno de la bailarina.

—¿He acertado su gusto al regalarle esta joya? — dijo.

—Pero... ¿ha sido Vuestra Alteza?

—Naturalmente! Si leyó mi tarjeta...

Atolondrada, Salomé cogió el estuche, abrió el sobre y leyó la cartulina:

"Gran duque Gregory de Alexandrovich.

Sincero tributo de admiración a una gran artista. El Gran duque espera tener el honor de comer con usted esta noche".

Comprendió la bailarina su error al no haber leído antes la misiva, pero como no era cosa de despreciar a la más alta autoridad del país, sonrió amablemente a su enamorado. Y llamando a la doncella ordenó:

—Ponga un tercer cubierto, Aglaia.

—¿Un tercer cubierto? — interrogó el Gran duque—. ¿Por qué? ¿Es que no estamos bien usted y yo solitos?

E inició un gesto de picardía.

—¡Oh, Alteza! Espero también a mi prometido, el teniente Orloff.

—¡El teniente Orloff no vendrá! — res-



—¿He acertado su gusto al regalarle esta joya?

pondió el Gran duque, amoscado—. Está detenido en palacio por asuntos del servicio.

—Si me dijo él que estaba libre...

—Mis órdenes son ley. No quiero que se case con usted.

Salomé le miró furiosa. Iba comprendiendo que, por celos, el Gran duque⁸ había llegado a arrestar a Orloff.

—Si no quiere usted desbaratar su carrera militar, no vuelva a verle en su vida — explicó el Gran duque.

Pero ella, sin inmutarse, le respondió:

—¿Su Alteza no teme también desbaratar su carrera de Gran duque?

¿Cómo se atreve?

—Su Alteza comprenderá fácilmente que las nuevas que acaba de traerme no son para alhorozarme — contestó Salomé, con arrogancia.

Al Gran duque le pareció que nada tenía que hacer allí y despedido, dirigióse hacia la puerta. Daba por fracasada su conquista.

La bailarina, quitándose la joya, se la devolvió al encofetado Gran duque.

—¡Oh, de ninguna manera! — dijo Su Alteza—. Es un obsequio totalmente... desinteresado.

Ella insistió pero como el Gran duque se negara, Salomé pareció resignarse. La americana se dirigió a buscar la capa que el Gran duque había dejado sobre una silla y ella misma, cortésmente, se la entregó.

—Adiós, señorita — respondió el Gran duque, fastidiado íntimamente por la derrota.

— Señor...

Alejóse Su Alteza y montó de nuevo en el trineo donde le esperaba su ayudante. Sonrió a éste con picaresco ademán. No quería que nadie pudiese saber lo ocurrido.

Nevaba. El Gran duque levantóse el cuello de la capa. Bajo él apareció la joya que Salomé acababa de poner...

Entretanto, Orloff, arrestado en sus habilitaciones se paseaba furiosamente de un lado a otro ante el injusto castigo. Oh, ¿Dónde existía un código que prohibiese elegir la mujer amada?

Un amigo suyo, otro oficial, procuraba calmarle y disuadirle de su intento de fuga.

—Ella me está esperando en su casa y yo quiero ir allí — decía Orloff.

—No, amigo mío, no hagas tal cosa. Ya sabes a lo que te expones escapándote.

Y Orloff pasó una larga noche de tortura y ansiedad, deseando verse cuanto antes junto a su amada Salomé.

*
**

A la mañana siguiente, el teniente Orloff recibía una carta de Salomé en la que ésta le anunciaba su salida para Orel y su determinación de apartarse para siempre de su vida.

"No quiero ser un obstáculo a tu carrera militar. Grandes dificultades se oponen a la realización de nuestro cariño. Olvida-

me y que nuestro amor sea únicamente un grato recuerdo. Adiós,

Salomé".



—Ya sabes a lo que te expones escapándote.

—¡Oh, no, no! — rugió Orloff—. Aquí veo la mano del Gran duque. Pues yo no sacrificaré mi corazón a los caprichos de

los otros. Amo a Salomé y arrostraré por ella todas las consecuencias de mis actos. Y mientras él delineaba propósitos au-



A la mañana siguiente el teniente Orloff...

dacés de fuga. Su Alteza el Gran duque Gregory recibía en su despacho la visita de su ayudante que le entregaba el broche que, por orden de Su Alteza, había ido a llevar de nuevo a la bailarina.

—No hallé a Miss Duncan — explicó—. Salíó para Orel en el primer tren de la mañana.

—Pues nos vamos a Orel inmediatamente.

No se conformaba el Gran duque con perder a Salomé. Era demasiado bonita aquella mujer para que él se resignase de un modo definitivo a dejarla. Y además estaba ahora en pugna con el teniente Orloff y no era cosa de dejarse vencer por un oficialillo tenorio.

En sus habitaciones se encontraba, a la misma hora, la Gran duquesa. Acompañada de dos damas de honor escuchaba, con gran atención, la lectura del periódico que tenía a su cargo una de ellas.

Entre varias noticias hubo una que llamó poderosamente su interés.

“Última hora.

La celebrada bailarina americana Miss Salomé Duncan, salió esta mañana para

Orel, en donde dará varias representaciones en el Teatro Nacional”.

En aquel instante apareció el Gran duque, quien después de besar gentilmente la mano de su esposa, dijo:

—Salgo para Orel... Tengo que pasar revista a las tropas acantonadas allí.

Inclinóse y salió de nuevo, sonriente, mientras los labios de la Gran duquesa se crispaban en furiosos celos.

Miró a sus damas y el pensamiento de las tres mujeres fué el mismo. Relacionaron la salida del Gran duque con la de miss Salomé Duncan.

—Nos vamos a Orel inmediatamente — dijo la Gran duquesa a una de sus damas—. ¡Habrás visto!

Y ordenó que preparasen el equipaje pues no estaba dispuesta a consentir las infidelidades más o menos veladas de su marido.

Horas después, allí en la ciudad de Orel, el director de un gran hotel recibía un telegrama concebido en estos términos:

"Gerente Hotel Rускаia.

Orel.

Su Alteza imperial la Gran duquesa Olga Petrowna llegará a su hotel en trineo acompañada de dama de honor y ayudante. Prepare aposentos y guarde sobre llegada absoluto secreto.

El Chambelán Mayor, Conde Somoff."

Alborozóse el director ante la sensacional noticia y llamando a todo el nutrido personal del hotel, comenzó a gritar:

—¡La Gran duquesa viene a Orel de riquísimo incógnito!... ¡La Gran duquesa está por llegar de un momento a otro! ¡Preparen los aposentos imperiales!

Instantes después, personal y huéspedes del Rускаia estaban enterados de que no tardaría en llegar Su Alteza la Gran duquesa.

—¡Orden severísima! — gritaba el dueño que era un perfecto necio—. ¡Viene de riquísimo incógnito!

Y daba grandes gritos para que se ente-

rara toda la ciudad de la llegada de la insignie dama que iba a honrar su establecimiento.

En aquellos instantes Orloff, que se había fugado en automóvil de sus habitaciones del palacio ducal, esperaba en la estación de Orel la llegada de Salomé.

Entró el convoy puntualmente en agujas descendiendo de uno de los vagones Salomé y su doncella de confianza.

Los dos novios se abrazaron y besaron, pero ella, que conocía la orden de arresto, le hizo explicar por qué se encontraba allí.

—Me he escapado. He arrostrado todo para tenerte a mi lado. Nada pudo contenerme — dijo él.

—No te expongas más por mí, Orloff. Vuelve a palacio. ¿Por qué no atendiste mi carta? ¡Ah! estás a tiempo de reanudar tu carrera. Vuelve a tu arresto.

—Ya es tarde. Cúmplase mi destino — contestó el teniente con melancolía.

—¿Por qué?

—Se habrán dado ya cuenta de mi fuga.
¿Y sabes? Aquí a los desertores se les fusila.

Un estremecimiento agitó el cuerpecito de Salomé.

—¡Oh, mi teniente!

Y le besó apretándolo contra ella como si quisiera librarle del terrible peligro del fusilamiento.

Subieron los tres a un trineo haciéndose conducir al hotel Ruskaja. Durante el camino, él iba diciendo a Salomé:

—Tomaremos el primer tren para París. Voy a procurarme ropa de paisano.

—¡Huyamos pronto, Orloff! ¡Si te cogen, es la muerte para ti... y para mí!

—Mañana por la mañana sale el tren para la capital francesa. Entretanto procuraremos ocultarnos en el hotel...

—¡Orloff bueno, cuánto me amas!

—¡Eres mi vida, mi alegría!

Y hablando, hablando, prescindiendo de la doncella que estaba detrás de ellos, llegaron ante el hotel Ruskaja.

Cuando el gerente se dio cuenta de que un trineo se paraba ante el hotel y que iban en él dos señoras y un oficial, no tuvo la menor duda de que se trataba de la Gran duquesa Olga, su dama de honor y su ayudante de campo.

—¡La Gran duquesa está aquí! ¡Mirad! ¡Pronto, traedme ese rollo de tapiz rojo!

Alfombraron la escalinata de honor y el gerente se dirigió a la calle al encuentro de los ilustres huéspedes.

Salomé, al pararse ante el hotel, dijo a Orloff.

—¿Y no es peligroso hospedarse aquí?

—No tengas miedo, amor mío. Aquí nadie nos conoce. Pasaremos inadvertidos completamente.

El director, acercándose a ellos y después de hacerles una profunda reverencia, dijo a Salomé:

—No tenía el honor de conocer a la persona augusta... Pero mi perspicacia la hubiera señalado entre una multitud.

Y entregó un gran ramo de flores a Sa-

tomé quien le miró extrañada no comprendiendo el modo original de darle la bienvenida.

—Pero...

—No tema nada la angusta persona — dijo el director, tranquilizándola—. ¡Soy mudo y discreto como un sarcófago!

Ella descendió del trineo mirando con inquietud a Orloff que tampoco se atrevía a formular pregunta alguna, temeroso de comprometerse. Pero, ¿a qué venía aquel inaudito recibimiento?

Llegaron al hall del hotel y el gerente prosiguió, inclinándose a cada paso:

—Esta modesta casa está preparada siempre para recibir dignamente a las personas angustiadas.

Salomé temblaba, apoyándose temerosa, en el brazo de Orloff. Detrás iba Aglaia, la doncella, sin comprender tampoco.

El coñio del asombro llegó cuando vio en el hall a todos los huéspedes del hotel que se inclinaban reverentes a su paso y hasta algunos doblaban la rodilla.

Angustiada, Salomé miraba a Orloff que no comprendía lo sucedido. ¿Por quién les tomaban? ¿Dónde se habían metido, Santo Dios?

Una mujer, llevando a dos niños en brazos, se arrodilló ante Salomé y le dijo:

—He dado a mis hijos los nombres de su gloriosa persona. ¿Os dignaréis bendecirlos?

Pero a Salomé comenzaba a divertirle aquella escena de hondo respeto. Indudablemente la tomaban por una persona de calidad... Sin embargo, no era cosa de descubrir ahora la equivocación cuando les convenía ir de incógnito riguroso puesto que Orloff estaba amenazado de terrible sentencia.

Cogió uno de los niños y le besó cariñosamente. Quiso hacer lo mismo con el otro, pero el pequeño cada vez que Salomé acercaba el rostro para besarle, sacaba la lengüecita, impidiéndole hacerlo.

El director intervino y cogió al niño:

—A éste no ha podido la angusta persona

na darle un beso. Lo consideramos por no bendecido.

Y abrió paso hasta las magníficas habitaciones que debía ocupar su huésped de honor. Cuando vió instaladas ya en ellas a las tres personalidades, despidióse de la supuesta Gran duquesa y le dijo:

—Mande su augusta persona a este su seguro y afectísimo servidor.

Y siempre de frente, se retiró de allí besando casi el suelo a copia de pronunciadas reverencias.

Cuando quedaron solos, Salomé preguntó, angustiada, a Orloff:

—Pero, ¿has visto eso? ¿Quiénes deben pensar que somos?

—No puedo comprenderlo, Salomé. Pero indudablemente aquí hay un gran error.

Ella vió unas cestas con flores y descubriendo una tarjeta que había en una de ellas leyó:

“A Su Alteza Imperial, la Gran duquesa Olga Petrowna”.

—¡Oh, Orloff! — dijo, comprendiendo.

—¡Me han tomado por la Gran duquesa!

—¡Qué compromiso! — asintió el oficial.

—Es preciso inmediatamente aclarar esta equivocación.

Sonaron grandes aplausos en la calle y Salomé tuvo que asomarse a saludar a la multitud allí congregada que la acogió con entusiasmo.

Luego, al meterse de nuevo en la habitación, le dijo al teniente:

—Sí, ve y di al dueño del hotel que yo no soy tal duquesa. ¡Ahora sí que tengo miedo, mi Orloff! ¡Si nos descubren, vamos todos a la horca!

—Arreglaré yo eso...

Y salió mientras Salomé hablaba con su doncella que más muerta que viva esperaba el resultado de la peligrosa aventura.



Un oficial de la guarnición de Orloff preguntaba al dueño del hotel dónde se encontraban los aposentos de la Gran duquesa.

El gerente le indicó las habitaciones y el militar subió la escalinata hacia ellas.

Se detuvo en el corredor para leer la orden que le habían entregado poco antes.

"Al comandante de la guarnición de Orel.

Orloff, de los Dragones de la Guardia, ha desertado. Su fuga le llevará probablemente a Orel. Haga todos los esfuerzos para proceder a su inmediato arresto.

Descripción:

Altura 1 metro 74.

Pelo: negro.

Ojos: azules.

Lleva su uniforme de servicio.

Comandante del Regimiento de Dragones".

Y a continuación estaba su fotografía.

El comandante quería hablar a la Gran duquesa sobre ello. Estaba distraído leyendo aún el documento, cuando vio pasar a un oficial que parecía ocultarse y reconoció en él, asombrado, a la misma fisonomía del retrato de la denuncia.

Sospechando, teniendo la seguridad completa de que se trataba del desertor, le paró y le dijo con cierta violencia:

—¿Pertenece usted al Regimiento de Dragones de la Guardia?

Orloff que había salido de la habitación de la Gran duquesa para hablar con el dueño del hotel y aclarar la confusión, se vio perdido.

—Sí — contestó.

—¿Tiene usted licencia?

—No, señor...

—¿Cómo se llama usted?

—Soy el teniente Rola... Rolan... — dijo, intentando disimular.

El comandante le miró altivamente de pies a cabeza.

—¡Usted es el teniente Orloff, y puede darse por arrestado! — le gritó.

Apareció en aquel instante Salomé quien, dispuesta a jugarse el todo por el todo, pues había estado escuchando la conversación, dijo al comandante mirándole con orgullo, frente a frente;

—¿Cómo! ¿Osáis interrogar a mi ayudante?

El comandante quedó sorprendido. ¡Aquella dama! Pero unas señas que le hiciera desde lejos el gerente del hotel, le obligaron a reconocer la verdad. ¿Aquella señora era la Gran duquesa!

—¡Oh, señora — dijo —, pido mil perdones a Su Alteza Imperial!

—¿Cómo se atrevió usted a detener a mi ayudante?

—Es que esa orden...

Y se la mostró a Salomé, quien la rasgó, furiosa, a pedacitos.

El comandante, respetuosamente, se alejó de allí. ¡De buena se había librado! ¡Si llega a caer en el enojo de la señora duquesa!

Salomé y Orloff volvieron a la habitación de ella. La situación comenzaba a ser peligrosa... Pero ahora era preciso proseguir la farsa hasta la mañana siguiente en que marcharían para París. Si antes se descubría la mentira, ¡pobres de ellos!

Y acordaron continuar apareciendo como lo que no eran...

Por la noche los oficiales de la guarnición dieron en el gran comedor del hotel, un estupendo banquete a la Gran duquesa.

Salomé, para no inspirar sospechas, vióse obligada a aceptar y a presidir la mesa ocupada por un centenar de militares. Ella tenía a su derecha al teniente Orloff y a su izquierda al comandante de Orcl.

Un oficial brindó en honor de la bella so-

berana y todas las copas se alzaron infinidad de veces en dirección a Salomé:

—¡Esperamos que Su Alteza Imperial recordará largo tiempo este día para nosotros memorable!

El gerente del hotel paseaba por el corredor cercano a la gran sala donde se celebraba el banquete, cuando apareció ante él un oficial del ejército.

A pocos pasos avanzaba otro militar de alta graduación y de fina y cuidada barba blanca.

—¡Es Su Alteza Imperial, el Gran duque Gregory! — dijo el recién venido que era el ayudante.

—¡Por los Santos Iconos! — respondió el gerente. — ¡Es posible?

Y llegándose ante el Gran duque le hizo una de aquellas reverencias cortesanas en las que era maestro.

—¡Oh, señor! — dijo—. Su Alteza Imperial la Gran duquesa, está presidiendo el banquete de los oficiales.

El Gran duque le miró sorprendido. ¡Su

mujer allí... y presidiendo un banquete! ¡Cómo era posible?

—¡Estás seguro de que es la Gran duquesa?

—¡Ya lo creo, Alteza! Y ahora mismo tendréis el honor de verla.

Acercáronse a una puerta y el gerente la abrió de par en par. Avanzó el ayudante del príncipe y mirando a los oficiales sentados alrededor de la mesa, gritó:

—¡Su Alteza Imperial el Gran duque Gregory!

Todos se pusieron en pie, y Salomé miró, hurturizada, a Orloif. ¡Terrible confusió!

Orloif, acobardado, abandonó su sitio del lado de Salomé yendo a ocultarse tras otros oficiales. Quería parar el primer golpe.

Pálida, temblorosa, Salomé dirigió la vista hacia la puerta por donde entraba la figura arrogante de Su Alteza Imperial.

El Gran duque miró a Salomé y sonrió con ironía. ¡Pícaruela! ¿Qué quería decir aquella bromita? Pero como no estaba dis-

puesto a que hubiese un escándalo ante la guarnición, que pudiera comprometerle, besó tranquilo y gentilmente la mano de



—¡Su Alteza Imperial el Gran duque Gregory!

Salomé que temblaba, y luego dijo, dirigiéndose a los oficiales:

—¡Caballeros! Agradezco en el alma la grata acogida que habéis dispensado a... a la Gran duquesa.

Orloff había podido alejarse del comedor. ¡Cómo que le iba la vida!

Cogiendo del brazo a Salomé, añadió el Gran duque:

—Y ahora para reparar nuestras fuerzas puestas a prueba en tan largo viaje, nos retiraremos a nuestros aposentos.

Y estrechando la fina mano de la bailarina, se abrió paso entre los oficiales.

Salomé temblaba, asustada. ¿Qué iba a pasar allí? ¿Qué diría el Gran duque cuando se encontrasen a solas?

**

Mientras tanto, Orloff había entrado en las habitaciones de Salomé y decía al ama Aglaia:

—¡Pronto, prepare las maletas que nos vamos!

El Gran duque había llegado con la americana ante la puerta de la estancia de Salomé, y dirigiéndose a su ayudante le dijo, cariñosamente:

—No te necesitaremos más esta noche, teniente. Puedes retirarte.

Luego se despidió del gerente que también le había acompañado y fué a entrar en la estancia de Salomé, pero ella quiso impedirselo.

—Su Alteza Imperial se ha mostrado muy bondadoso conmigo. Buenas noches — dijo.

El Gran duque no parecía dispuesto a quedarse afuera y empujando la puerta logró entrar en la habitación de la muchacha.

—Comprenda, mi querida amiga — dijo sonriente—, lo escandaloso que sería que la gente se enterara de que la Gran duquesa había arrojado de su alcoba al Gran duque. ¡Tiembo sólo al pensarlo!

Cerró la puerta y se sentó alegremente en un sofá. ¡Qué estupenda la aventura! No quiso averiguar por qué motivos ella había tomado el nombre de la Gran duquesa. Era lo esencial que pasarían la noche allí, juntos los dos y esto bien valía el indulto de cualquier travesura femenina.

La salita en que se encontraban daba a

otras habitaciones que a su vez comunicaban con el corredor. En una de ellas se encontraba escondido el teniente Orloff y en otra, se hallaba la doncella Aglaia que preparaba febrilmente el equipaje.

Orloff abrió la puerta y miró a Salomé. El Gran duque se hallaba de espaldas a él. Ella vió a su novio y le hizo seña de que se marchara. ¡Si Su Alteza le descubría!

Orloff, furioso ante la perspectiva de que el Gran duque permaneciera allí toda la noche, metióse dentro, cerrando la puerta con un violento golpe.

Volvióse rápidamente el Gran duque que estaba apurando una copita de licor, y dijo:

—¿No oyó usted un portazo? ¿Es que no estamos solos?

—Es mi doncella — dijo Salomé—. No hace más que dar portazos.

—Vay a decirle que se vaya.

Se levantó pero Salomé le detuvo, asustada.

—¡No; no vaya usted! ¡Ya le diré yo que marche!

Y Salomé se dirigió a la cercana estancia donde Orlolf se encontraba excitadísimo.

—Te lo ruego — le dijo en voz muy queda—. Sal de Orlolf en el primer tren.

—No, no, ¡cómo voy a dejarte yo a solas con ese hombre? ¡No comprendes?

—Sabré defenderme... ¡No temas! Para ti es mi amor.

—¡Es imposible!

—¡Vete por Dios!

Le dió a besar la mano, acompañándole hasta la puerta que daba al corredor.

El Gran duque, entretanto, sentado cómodamente en su diván, saboreaba una copa de estupendo néctar. ¡Ay, Salomé! ¿Quién iba a pensar en aquella maravillosa aventura?

Vió de pronto salir a la doncella de otra habitación y alejarse, mirando de reojo al Gran duque.

Gregory quedó extrañado. ¿Cómo estaba

allí la criada en aquel otro cuarto? ¿No se hallaba precisamente Salomé en la otra habitación contigua invitando a la doncella a que se fuera? Sospechó...

Entretanto, Salomé había logrado que el teniente saliera al corredor. Se encontrarían en París dos días después. ¡Ahora era tan peligroso quedarse allí!

Tranquilizada ya por haber hecho marchar a su novio, volvió al lado del Gran duque.

—¡Se ha marchado! — dijo, alegremente.

—¡Se ha marchado... de veras? — contestó el Gran duque, con cierta severidad.

—Sí, sí; estamos completamente solos.

Pero a Su Alteza le pareció escuchar un rumor sordo de pasos en la cercana estancia y sospechando si allí podía esconderse algo que turbara sus ansias de soledad, agregó:

—¿Quién hay en ese otro aposento?

—¡Nadie! La doncella se marchó.

—¿Está usted completamente segura?

Tranquila, ella respondió, creyendo ya a Orloff fuera:

—Su Alteza Imperial no da crédito a mis palabras, puede cercierarse por sus propios ojos.

Levantóse y abrió la puerta, pero la volvió a cerrar precipitadamente al ver sobre el lecho la capa y el sable del oficial y luego al contemplar a Orloff que estaba de nuevo allí, muerto de celos.

No queriendo él dejar abandonada a Salomé al capricho del Gran duque, había desistido de su huida, volviendo a la habitación.

Instantáneamente horrorizada, Salomé volvió al lado del Gran duque y procurando ocultar su turbación, le dijo:

—Sería mucho más agradable que Su Alteza creyera en mis palabras.

Y le sonrió tan gentilmente que el Gran duque acabó por acceder, sentándose de nuevo ya acallada su curiosidad.

—Dime — dijo de pronto él —, ¿por qué te has hecho pasar por la Gran duquesa?

—Para acercarme a Vuestra Alteza — contestó melosa —. Era del mejor modo para que viniera a verme. Sabía que me ex-



—...¿por qué te has hecho pasar por la Gran duquesa?

ponía a mucho, pero ¿qué no haría yo por estar a su lado?

—Entonces, ¿es verdad que me quieres? ¿Y anoche?

— ¡Oh, Alteza!

Ella había dejado abierta la puerta de la habitación donde estaba Orloff, y el Gran duque levantándose, dijo:

— Voy a cerrar esta puerta. Pasa demasiada corriente de aire.

— ¡No, no! — contestó ella.

— Pero, mujer...

— ¡No!

Y Salomé, dispuesta a todo, se sentó en el regazo del Gran duque comenzando a acariciarlo. Su Alteza se dejó mimar por aquella linda criatura y ocultó la cabeza entre sus manos gentiles.

Veía Salomé, horrorizada, que Orloff había aparecido ante la puerta y miraba con ojos furiosos las caricias que Salomé tributaba al Gran duque.

Viéndole Salomé quiso contenerle con sus palabras:

— ¡Mi vida! ¡Te quiero! — decía abrazando al Gran duque, pero en realidad dirigiendo sus palabras a Orloff—. ¡Créeme por favor!

El Gran duque la miraba, exaltándose por momentos.

— ¡No comprendes por qué hago todo es-



... Orloff había aparecido...

to? ¡No lo comprendes? — seguía diciendo ella.

Y besó el rostro del Gran duque que, vuelto de espaldas a Orloff, no distinguía lo que ocurría cerca de él.

—¡Te quiero! ¡Cada minuto que pasa es robar tiempo a nuestra felicidad!

El Gran duque estaba a punto de desmayarse ante aquellas cariñosas expresiones. Y Orloff tenía que contenerse para no lanzarse contra Su Alteza y cometer allí un asesinato.

—¡No te dejaré nunca! — seguía diciendo Salomé, mirando a Orloff — ¡Soy tuya para siempre!

De pronto, sonó el timbre del teléfono. Ella se levantó. Y Orloff, furioso, volvió al interior de la habitación ocultándose dentro de un armario. ¡Qué martirio el de aquella noche!



Salomé, extrañada, acercóse al auricular.

—¿Quién llama? — preguntó.

—¡Habla la Gran duquesa Olga Petrowna! — gritó una voz de mujer.

—¡La Gran duquesa!

Y dejando el aparato, más muerta que

viva, Salomé cayó desvanecida en brazos del Gran duque Gregory.

Acababa de llegar, efectivamente, acom-



Salomé cayó desvanecida...

pañada de su dama de honor y de un ayudante, la verdadera Gran duquesa Olga. El gerente del hotel se horrorizó al comprender que tenía hospedada en el hotel a una Alteza falsificada. Miraba asustada a la

verdadera señora que podía mandarle a la cárcel por complicidad.

Al enterarse Olga de que su marido pasaba la noche con otra mujer a la que hacía pasar por propia, su indignación no conoció límites. ¡Quería matarlos a los dos!

—¿Dónde está mi marido? ¿Dónde está? —repelía, mientras subía la escalera en dirección a las habitaciones del Gran duque.

Entretanto, el Gran duque iba de beber agua a Salomé que no volvía todavía en sí. Sintió pasos y acercándose a la puerta escuchó la voz dura de su mujer.

¡Terrible conflicto! Desorientado, se metió en la vecina estancia y buscó desesperado un escondite para librarse de las iras justísimas de la Gran duquesa.

Viendo un armario, abrió la puerta y se escondió en él. Llevaba aún en la mano el vasito de agua con que había auxiliado a Salomé.

La puerta del armario estaba rasgada por pequeños agujeros que dejaban ver el ex-

terior sin peligro de que desde fuera pudiera verse lo que ocurría dentro.

Orloff que permanecía en un rincón del armario se asombró al ver al Gran duque buscar refugio allí.

—¡Alteza! — dijo.

El Gran duque no menos sorprendido, contestó:

—¡Cállate y no digas nada! ¡La Gran duquesa me persigue!

Se escucharon las voces de la Gran duquesa, que entraba en la estancia.

—¿Dónde está mi marido? ¿Dónde está? — rugía.

Salomé iba poco a poco volviendo en sí y acabó de desvelarse de repente al ver ante ella la figura dura e implacable de la Gran duquesa.

—¿Qué ha hecho usted de mi marido? ¿Dónde se esconde ese hombre?

Dióse Salomé cuenta realmente de la situación y comenzó a balbucear excusas.

—¡Oh, Alteza, yo nada sé; no he hablado con él!...

—¡Mentira, mentira!

La Gran duquesa avanzó hacia la vecina estancia viendo sobre el amplio lecho una tapa y un sable de militar.



¿Qué ha hecho usted de mi marido?

—Ah, ¿conque ese hombre está aquí? ¿Dónde se esconde, dónde? ¿Estas prendas son suyas! ¿No puedo dudar!

Estas prendas pertenecen al teniente Orloff — decía Salomé, llorosa y sin com-

prender donde podía haberse escondido el Gran duque.

—No; no mienta! ¡El Gran duque está aquí!

Miró debajo la cama... dirigió la vista hacia el armario.

En su escondite, mirando por las pequeñas rendijas, temblaban el Gran duque y el teniente Orloff. Su Alteza estuvo a punto de desmayarse varias veces y el teniente le roró el rostro con el agua del vaso para que no perdiera el sentido.

—¡Oh, el armario, veamos si está ahí! — dijo la Gran duquesa.

Peró Salomé que pensaba que Orloff estaría allí probablemente, no le permitió abrir.

—¡Apartese! — decía la Gran duquesa.

Su Alteza en el armario pensaba morir. ¡Desgraciado de él!

—No tema Vuestra Alteza — dijo el teniente — ¡Yo salvaré la situación!

Y abriendo el armario, apareció ante la

indignada duquesa y la asustada Salomé, volviendo a cerrarlo prestamente.

—¿Perdón, señora! — dijo, inclinándose reverente, ante la augusta dama.

Salomé respiró y la Gran duquesa vió el cielo abierto comprendiendo que sus sospechas eran infundadas.

¡Estúpidos celos! ¡Había truncado un idilio juvenil y dulce!

¡Estoy confusa, señorita! — dijo la Gran duquesa—. ¡Le pido mil excusas!

—Debemos solicitar humildemente perdón de Su Alteza Imperial — añadió el oficial.

—Bien, bien, pero ¿cómo se atrevió usted a tomar mi nombre?

Salomé no respondió y Orloff aclaró los hechos:

—Miss Duncan tomó el lugar de Su Alteza Imperial con el único objeto de protegerme. Había yo desertado de la Guardia.

La Gran duquesa que se sentía inclinada

al lien, viendo la inutilidad de sus sospechas, respondió riendo:

—¡Ah, comprendo! Y usted, naturalmente, desempeñó el papel de Gran duque.

—¡Sí, Alteza!

El verdadero Gran duque, en el armario, se moría de risa. ¡Simpatía oficial! acababa de salvarle y prestarle un servicio único en la vida!

Rió tanto que no pudo contener en silencio sus carcajadas, lo que aterrizó a Orloff.

La Gran duquesa frunció el ceño, pero Orloff comenzó a reír de modo estrepitoso apagando las carcajadas del duque.

—¡Es prodigioso! — dijo la ilustre dama—. ¡Ríe usted exactamente igual que el Gran duque!

—¿Sí?

Pero ahora al Gran duque le dió un ataque de tos y Orloff para salvarle comenzó también a toser, arrancándose verdaderos rugidos del pecho.

El oficial salió corriendo de la habitación seguido de la Gran duquesa y de Salomé.

Ya en la estancia contigua, después de beber unos sorbos de agua, pareció calmarse la irritación de la garganta.

—No, no es nada, nada! — decía.

El Gran duque, aprovechando la marcha, salió del armario y caminando de puntillas, abandonó la estancia dirigiéndose al corredor.

En el encuentro a un piquete de soldados mandados por el comandante de la guarnición.

—¿Dónde van ustedes? — preguntó el Gran duque.

—¡Oh, señor! Vamos a arrestar a los impostores. Nos hemos enterado de la burla que se ha hecho objeto del nombre de vuestra augusta señora.

—Bien, bien, pero...

Y le dió varias órdenes en voz baja que el comandante prometió cumplir con toda fidelidad.

Luego, mientras el piquete y su jefe es-

peraban en el pasillo, el Gran duque penetró en las habitaciones de Salomé donde encontró a ésta con la Gran duquesa y el teniente Orloff.

—Olga, esposa mía — dijo riendo y estrechándose entre sus brazos — ¡Qué sorpresa más agradable!

La esposa que ahora creía en la fidelidad de su Gregory, le abrazó cariñosamente.

El Gran duque lanzando una mirada cariñosa a Salomé y a Orloff dijo:

—Ya me he enterado de todo lo ocurrido. ¡Parece mentira! ¡Usurpar ustedes nuestro nombre!

—Señor!

La Gran duquesa intervino:

Hazlo por mí, Gregory. Perdona a ese par de simpáticos tunantes.

—¿Qué delito el tuyo! ¡Parece imposible! ¡Ah!

Salomé y el teniente le miraban sin comprender. ¡Es que encima les iba a castigar después de haberle salvado de una situación peligrosa?

—No puedo perdonarles — siguió diciendo el Gran duque—. Lo único que puede librarles de los soldados del Gobierno, es que escapen inmediatamente.

Y saludando y acompañado de la Gran duquesa, se alejó de la estancia, como quien ha de cumplir un preciso deber.

Apenas había marchado, llegó el piquete mandado por el comandante quien, dirigiéndose a los dos jóvenes, les dijo:

—Por orden del Gran duque quedan ustedes detenidos.

Orloff miró tristemente a Salomé. ¡Así pagaba el Gran duque los servicios. ¡Les iban a fusilar!

Y se dejaron conducir lentamente con la seguridad de que iban a sufrir un tremendo castigo.

Media hora después llegaron ante la puerta de un edificio.

El comandante les dijo:

—¡Están ustedes dispuestos a sufrir el castigo que Su Alteza Imperial les infija?

Salomé y Orloff se miraron. ¿Qué iban a hacer si era imposible la fuga? Y sus cabezas se inclinaron en señal de afirmación.

Abrióse la puerta y apareció ante ellos la amplia nave de una iglesia iluminada donde en el altar un sacerdote revestido, esperaba para la bendición conyugal.

El Gran duque y su esposa les aguardaban con toda la corte.

Era aquel el castigo que les imponía. ¡Cadena perpetua! ¡Matrimonio!

Y alegres, felices de que el Gran duque fuera tan bueno, se acercaron al sacerdote quien bendijo su boda.

Les apadrinaron los Grandes duques... Gregory contemplaba con melancolía a Salomé.

Aquella vez había sido derrotado en su intento amoroso. Pero cedía de buen grado al teniente Orloff la propiedad de aquella joya como agradecimiento a lo que el joven oficial había hecho por él. ¡Si la Gran duquesa con su geniecillo llega a descubrir la aventura!

Y las campanas del templo proclamaron
con sus tañidos metálicos la nueva aurora
de un gentil amor.

FIN

Próximo número:

La emocionante novela

La Huérfana de Pompeya

por LEDA GYS

Gran éxito en las selectas «Ediciones especiales de La Novela Semanal Cinematográfica»

EL REY DE REYES y LA CIUDAD CASTIGADA

(Los últimos días de Pompeya)

Esta semana desconocimiento

SANGRE Y ARENA

por RODOLFO VALENTINO

Sea usted coleccionista de la
BIBLIOTECA «NUESTRO CORAZÓN»

J. Horta, Impresor.—Cortés, 749. Barcelona

